

MENTE, SUDOR, ALMA: ¿EN QUÉ ORDEN?

EDUARDO MARQUES ALMEIDA

Sociedad de San Vicente de Paúl

Queridos amigos de la Familia Vicenciana y en particular de la Congregación de la Misión.

Me han invitado a representar a la SSVP en esta mesa redonda. Como introducción, diré que soy miembro de la Sociedad desde hace 40 años; mi padre me introdujo en la Conferencia.

Comencé en Brasil, y conocí a mi mujer dentro de la Sociedad, cuando ambos éramos coordinadores de la juventud. Después de 20 años de matrimonio y 13 cambios a diferentes ciudades y países (París, Boston, Río de Janeiro, Washington DC, Puerto Príncipe en Haití, Santo Domingo), hemos experimentado la Sociedad en muchos casos y culturas. Sin embargo, siempre nos ha impresionado el milagro de la similitud. ¿Cómo puede estar presente la Sociedad en 140 países, durante casi 180 años y mantener el mismo espíritu? Un miembro de la Sociedad puede ser reconocido en sus primeras palabras; una Conferencia es similar en todas partes. Como en tiempos de Ozanam, la Conferencia es una especie de lugar sagrado, donde puedes ser lo que eres, compartir tu vocación, servir genuinamente y sentirte a gusto con el Señor, que reside en cada uno de sus miembros.

Pienso que este milagro es lo que hace a la Sociedad única: la Conferencia es para nosotros el templo del descanso, donde no tienes necesidad de mostrar que eres inteligente, o que tienes éxito en todas las cosas. Por el contrario, el único pensamiento que tienes que compartir es tu voluntad de servicio, confiando que la Providencia te dará la competencia necesaria, así como otros medios.

Durante los últimos veinte años Andrea y yo hemos intentado hacer de nuestra familia, nuestro hogar, un lugar como este. En los últimos cuatro años, hemos vivido en cuatro países diferentes y hemos perdido todas nuestras pertenencias en el terremoto de Haití. ¿Pueden imaginar lo que esto representa para el pensamiento de un muchacho de 19 años o una niña de 16? Las lecciones que aprendimos eran las mismas que habíamos aprendido en las Conferencias. Nuestro hogar no es lo que hemos comprado o las paredes que hemos construido, sino el Señor que llevamos en nuestro corazón y el templo del Espíritu Santo, que podemos edificar, no sólo dentro

de nosotros, sino entre nosotros como una familia, en busca de la santidad.

Me gustaría muchísimo que la Sociedad y la Familia Vicenciana, como un todo, fueran tal lugar y entorno sagrado, y que nosotros pudiéramos atraer más y más líderes con la misma vocación, como los de la primera Conferencia. Los que están convencidos de que en sus familias, en sus profesiones, en su vida social, no importa cuál sea la medida de sus éxitos, no importa las dificultades, responden siempre con la Gracia y no con la Naturaleza Humana (Imitación de Cristo).

Quiero centrar los siete últimos minutos de esta charla en este tema específico: cómo podemos, como Vicencianos, generar medios para reunir y formar líderes que puedan transformar sus barrios (y, en último término el mundo) a través de las virtudes Vicencianas.

Permítanme unas palabras sobre mi experiencia en Haití. La vida los tres últimos años en Haití, y más en concreto los últimos seis meses, ha sido una fuente enorme de aprendizaje e inspiración para mí. Hace dos meses, en un programa de TV me preguntaron si me sentía frustrado y decepcionado por el hecho de que la recuperación después del desastre fuese tan lenta en Haití. Yo dije no, no tengo tiempo para eso. Sin embargo, en un foro más restringido, como dije anteriormente, más sagrado, debía decir sí; mi experiencia de aprendizaje comienza con la frustración y la decepción. Hace tres años, mi familia y yo vivíamos en Bethesda, Maryland (un paraíso) Y me invitaron a trabajar en Haití. Mi hijo fue el primero en decirme que debíamos ir los primeros y aceptar: “Si vamos a trabajar con los pobres, este debe ser el lugar adecuado para vivir”, dijo. Así que se tomó esta decisión compartida para nuestra vocación vicenciana de un servicio personal al pobre. Ahora, cuando ocurre tal desastre, siendo incluso la cabeza de una institución de desarrollo más respetada e impactante en Haití, no puedo resolver todo el problema. No puedo alimentar rápidamente al millón de personas sin hogar, o construir las 250.000 casas necesarias para darles cobijo antes que llegue la estación de los huracanes. Este sentimiento me llevó a reflexionar sobre dos problemas fundamentales:

Primero: ¿Qué ha sido realmente eficaz, en los últimos cinco meses en Haití, para conseguir algunos resultados importantes en ayuda después del desastre? Esta pregunta debe suscitarse juntamente con otra más concreta: ¿qué diferencia podemos establecer nosotros, hombres y mujeres, con la vocación Vicencianas?

La segunda cuestión: ¿Qué restablece de nuevo nuestras fuerzas espirituales, mentales y físicas, cuando la decepción y la frustración nos visitan cada día, cada hora, cada minuto? Estoy seguro que este

es un sentimiento compartido por los que trabajan en el servicio público. Estoy seguro que este es el mismo sentimiento que tuvo Vicente de Paúl cuando fue nombrado párroco en un pueblo pobre de Francia, o cuando estuvo cautivo en África.

Mi lectura sobre lo que ha establecido una diferencia en Haití, los tres últimos meses, es el liderazgo. Liderazgo de genuinos servidores públicos, empresarios privados y miembros de la sociedad civil, que han dejado su zona de confort para establecer una diferencia.

No hablo de la gente que fue a Haití para aparecer en la TV. La esencia del liderazgo al que me refero, es aquel que se ha liberado de la TV, de la necesidad de exhibirse para crecer, para conseguir éxito político, para alcanzar mejores salarios a través de un duro pago.

Este liderazgo se realiza por la fe. No tengo que enseñar aquí a los maestros, pero, etimológicamente, la fe viene del latín *fidem*, la persona o cosa en la que podemos confiar. En otras palabras, se trata de algo o de una persona en la que puedo creer. Evidentemente, mi fe es mi verdad. Así que, podemos aceptar que fe y verdad son lo mismo: fe, al final, es la verdad que yo creo.

El evangelio como la tradición nos muestra que la verdad nos da libertad, así que la fe es la verdad que me hace libre. De hecho, analizando los cinco últimos meses, el impacto vino de los líderes que estaban en Haití por su fe, libres de la esclavitud, de la necesidad de poder, de gloria o dinero: los doctores corrientes, enfermeros, voluntarios de distribución de alimentos...

Esto nos lleva a la reflexión sobre nuestros propios valores añadidos como Vicencianos. Estoy convencido de que nuestra diferencia no está relacionada con lo **que** hacemos (con frecuencia otros pueden hacer más eficazmente lo que nosotros hacemos). Nuestra diferencia se relaciona con el **cómo** lo hacemos (cómo podemos transformar el corazón de los otros y cómo podemos transformar nuestros propios corazones). Este último punto es muy importante porque, como mencioné antes, la SSVF se ha creado para generar personas santas, para convertir principalmente a la gente y, en segundo lugar, hacerlo a través del servicio al pobre.

El tema que debería preocuparnos ahora como educadores, agentes políticos y empresarios sociales es cómo realzar el sentido de que el verdadero liderazgo debe basarse en la fe y en la libertad. En otras palabras, cómo generar un ejército de líderes, que estén preparados para cambiar el mundo, con una visión que es más amplia que ellos mismos y una genuina vocación para servir y transformar. Yo creo firmemente que este siglo será el momento para los agentes del cambio social, como la primera mitad del último siglo fue el momento de

los científicos tecnológicos y la segunda mitad fue el momento de los economistas.

Pienso que la respuesta a esta pregunta nos lleva a la relación entre historia y fe.

La palabra Historia se deriva de *histōr*, el que conoce o el que ve. Estos dos aspectos de la historia son igualmente importantes. En efecto, la historia es “el registro de los tiempos y acontecimientos pasados”. Pero la misma fuente etimológica presenta la historia como “actos, ideas y acontecimientos que pueden perfilar el curso del futuro”.

Tomando la perspectiva anterior de la historia y, con un poco de exageración, mi historia me hace esclavo, “cada uno es rehén de su propia historia” (cita del Papa Juan Pablo II). Sí, todos nosotros aprendemos. Si todos aprendemos, es el resultado de la historia; nuestra historia es nuestra verdad y nuestra historia deriva de nuestra fe. No hay discusión sobre esto, pienso. En consecuencia, creo que es más importante que el concepto: ¡qué difícil es transformarnos, convertirnos, ser libres! ¡No es una tarea sencilla!

Ahora, teniendo la perspectiva futura de la definición de historia, o los actos, ideas y acontecimientos que pueden perfilar o definir el curso del futuro, podemos deducir que mi historia pasada o mi fe me permite construir mi propia historia futura, así como la historia futura de aquellos que reciben nuestro impacto. ¡Creo que por esto Ozanam nos enseñó a fijar nuestros ojos continuamente en el futuro y no perder el tiempo con el pasado!

Poniendo todo esto en términos católicos, la única verdad o fe que puede ayudarme a construir mi propia historia así como la de los otros es mi “yo mismo” o el Señor que está presente en mí. Esto es, ciertamente, lo que en medio de las frustraciones y la decepción me despierta cada día para comenzar de nuevo. Esto es lo que nos hace reaccionar contra el Maligno con la fuerza de la gracia, en vez de la naturaleza humana. Este sentimiento me llega, debo decir, con un alivio especial de libertad y alegría.

Creo firmemente que esto es lo que nosotros, miembros de la Familia Vicenciana, debemos considerar hoy. Generar dinamismos para identificar, contratar y acrecentar líderes y empresarios que se movilizan libremente por la verdad que existe en cada uno de sí mismo y cambia la historia con persistencia e innovación, no importa donde se encuentren de momento: bien en una situación extrema como en el terremoto de Haití, o en el entorno ordinario profesional y familiar.

El P. Maloney les ha presentado el proyecto ZAFEN. Este proyecto trata de identificar empresarios sociales y económicos en Haití, y de

ponerlos en contacto con seguidores individuales e institucionales en todo el mundo. Confiamos que la colaboración entre los empresarios locales y promotores globales pondrá una piedra importante en la construcción de Haití, que generen oportunidades de empleo y mejora de las infraestructuras sociales. Este es un buen ejemplo de innovación, transformación y servicio de los pobres.

Ahora ¿Cuál sería el resultado concreto y práctico de este debate? Quisiera proponer que, comenzando en el año del 350 aniversario de la muerte de Vicente y Luisa, unamos las fuerzas para crear un programa Standard común para reunir y formar líderes capaces de transformar dentro de la Familia Vicenciana, personas que puedan soñar y realizar un modo distinto de promover el desarrollo, por medio de la fe con que ellos convertirán mente y corazón, sudor en empleos, desesperación en autoestima, interés personal en amor.

El Centro para el Liderazgo Vicenciano de Transformación debe ser un equipo de reflexión, pero que habla el lenguaje de las familias asistidas; debe atraer a los intelectuales (tales como Ozanam), pero atraer también y entrenar e impactar a los sencillos; deben formar futuros directores de compañía, pero siendo también sus más humildes servidores.

Creo que hemos perdido un poco el milagro de la primera Conferencia en los ámbitos de decisión más altos de nuestra Sociedad (no hablamos de las otras ramas de la Familia Vicenciana). ¡Qué difícil es atraer intelectuales, cambiar los líderes financieros para asumir responsabilidades de más alto nivel en nuestra Sociedad! Por desgracia no tenemos tiempo para entrar en detalles sobre cómo debería ser el Centro para el Liderazgo Vicenciano y de Transformación, pero, finalmente, como la primera Conferencia, debe ser un ámbito sagrado donde, tanto esas personas, como los miembros muy sencillos, puedan trabajar juntos, soñar en un mundo sin pobreza, concebir marcos para que esto suceda, servir y motivar a otros hacia la santidad.

Estoy convencido de que la SSVP está abierta cada vez más a trabajar con la Familia Vicenciana en todos los ámbitos. Necesitamos identificar programas sostenibles comunes y que los líderes faciliten que se haga realidad.

¡Gracias!